

Rubén Darío y el movimiento modernista. (Sobre la biografía del poeta nicaragüense)

* * *

Por Juan MORALES ROJAS

Se llamó Félix Rubén García Sarmiento, por lo que lo de Rubén Darío fue un pseudónimo sonoro y muy poético. Nació, como nadie ignora, en el departamento de Nicaragua llamado Metalga, en la localidad de Metapa, llamada actualmente Ciudad Darío. En el jardín de los prodigios brota, con este poeta, el aroma, sutil y enervante, de una poesía que le lleva por una ruta poética, esotérica, a ser considerado a los catorce años de edad como el poeta nacional nicaragüense que llegó a ser uno de los más celebrados vates hispano-americanos.

Muy difícil se presenta al admirador de este poeta lo que pudiéramos llamar el primer acto de su azarosa biografía. Cuando se levanta el telón en el teatro de su vida, aparece un personaje funesto para él, su propio padre, Manuel García, que así se llamaba éste, es tendero de profesión, borracho habitual y marido de una delicada mujer, Rosa Sarmiento, a la que con sus despiadados malos tratos obliga, por fin, un día a huir, con el futuro poeta en sus entrañas, y a refugiarse en casa de un familiar en Metapa. Allí nace en paz el hijo del beodo que, un día, pese a las dificultades de su vida, habría de cubrir de gloria no sólo a su tierra nicaragüense, sino a todo el mundo de habla hispana. La conducta del padre beodo no ofrece, por desordenada, ninguna posibilidad de reconciliación con Rosa Sarmiento; pero en la vida del pequeño Rubén aparece, por suerte, un coronel apellidado Ramírez, tío político del muchacho, que lo recoge junto con la madre, los aparta del iracundo borracho y los lleva, con él y su esposa, a León, desplegando inmediatamente una serie de actividades pedagógicas encaminadas a la educación del pequeño. El coronel Félix Ramírez Madregil fue, pues, el verdadero padre de Rubén Darío.

La educación del niño es un éxito total. Dotado de una portentosa inteligencia, lee y escribe a los cuatro años. Cuando cumple los cinco, brotan de

su alma tierna los primeros versos que hacían llorar a su madre y enorgullecían a sus padres adoptivos. Redactaba con bastante corrección hacia los diez años; pero aquel futuro prometedor sufre, una vez más, el embate de la vida. Muere el coronel Ramírez y la viuda de éste que, por desgracia para Rubén, queda en muy difícil situación económica, la obliga a hacer que el niño abandone sus estudios y se inicie en el aprendizaje de sastre. El futuro gran poeta hilvana, con desilusión, la aguja de la ironía en el tejido de su vida. ¡Sastre!

Naturalmente poca afición podía tener a tan honrado como poco poético oficio, pero posiblemente algunos conocidos y amigos del desaparecido coronel Ramírez consiguieron cambiarle a la patria un sastre por un gran poeta haciéndole, de momento, ingresar en la Biblioteca Nacional donde lee, desordenada pero apasionadamente, infinidad de textos literarios con preferencia poéticos. Rubén pone pasión en todo; pero no pone orden en nada y así pronto pierde este buen empleo y el contacto suave de los libros.

Es muy joven aún, dieciséis años, y ya se le considera el poeta nacional de Nicaragua; pero su bohemia azul, alta y eterna, su vida increíblemente descarrilada, le lleva al mundo del vicio, a la bebida de la que, durante toda su vida, abusó y que le llevó, prematuramente, a la muerte. Rubén encuentra en el alcohol inspiración para su famosa «Oda a Bolívar» y, entre los brazos de las mujeres que fueron muchas en su vida, su precozmente despierta sensualidad le inicia en una trilogía de versos, amor y embriaguez. Con la «Oda a Bolívar» gana un premio de cierta importancia que dilapida de una manera tan original como extravagante: en un gran hotel encarga un rico y suntuoso banquete y el joven poeta, acaso riéndose del tiempo pasado, invita a cenar a Cervantes, a Homero, a Píndaro y a Virgilio. Al no presentarse sus poetas invitados consumió él solo los cinco cubiertos y, posiblemente, terminó su fantástico y tenorio festín embriagado, hasta la saciedad, de vino y de amor tal como él había escrito: «Si un bebedizo diabólico y un cuerpo bello y pecador me anticipa «de contado» un poco de paraíso, ¿voy a dejar pasar esa seguridad por algo de que no tengo una segura idea?...».

Lo difícil le atrae.

«Yo persigo una forma que no encuentra mi estilo
Botón de pensamiento que busca ser la rosa.
Se anuncia con beso que en mis labios se posa
Al abrazo imposible de la Venus de Milo...»

Le atraen los caminos de la tierra y la vida. En Chile escribe «La canción del oro». Más tarde las «Rimas» tan elogiadas por Juan Valera. Después vuela a Guatemala, donde nace su primer famoso libro: *Azul*. A partir de entonces remonta, con su vuelo de águila las más altas cimas de la poesía. «*Azul*, dice el poeta, era para mí el color del ensueño, el color del arte, un color helénico y homérico en el que concentré, en ese color célico, la floración espiritual de mi primavera artística...».

Rubén viene a España, por primera vez, en 1892. Tenía veinticuatro

años. Le quedaban por vivir sólo otros veinticuatro. En mi discurso de ingreso como numerario de la Real Academia de Córdoba titulado «Fernández Grilo, poeta romántico de Córdoba», dije que éste, nuestro poeta paisano, tenía cuarenta y siete años cuando conoció en Madrid a Rubén Darío a quien, como todos los poetas españoles, miró con cierto recelo, entreverado con algo de desdén, aceptando, sí, la bella sonoridad de los versos del nicaragüense; pero encontrándole poco sutil. Fernández Grilo, como los demás tardó en rendirse a la evidencia y en comprender el tecnicismo y la musicalidad de Rubén; es decir, tardó, como los otros, en comprender que asistía, nada más y nada menos, que al nacimiento del Modernismo.

Continúa con su vida desordenada, libremente repartida entre erotismos enervantes y continuas libaciones báquicas. Eros y Baco tejen, unidos, coronas de laurel a aquellos versos suyos que aún chocaban al romántico oído español. Cada día es más pobre su inefable bohemia. Ejerce de periodista, marcha a Buenos Aires y se detiene en París donde conoce a Paul Verlaine a quien llamó «Padre y Maestro mágico, liróforo celeste que al instrumento olímpico y a la siringa agreste diste tu acento encantador...».

«¡Pámida! Pan tú mismo que coros condujiste
Hacia el propíleo sacro que amaba tu alma triste
al son del sistro y del atambor...».

A Buenos Aires llega enfermo y en el lecho escribe su famosa «Marcha triunfal». Marcha triunfal que, según el poeta, es «un triunfo de decoración y música». Se repone, sólo transitoriamente, de su enfermedad y vuelve de nuevo a España arribando a Barcelona dos días antes de la Navidad de 1898. España acababa de perder los últimos restos de su imperio en el Caribe y Filipinas. De entonces es la «Salutación optimista» que le convierte en el gran poeta de la Raza:

«Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda,
Espíritus fraternos, luminosas almas, ¡Salve!».

Se dice que este hermoso poema «lleno de fuerza expresiva y traspasado de viril musicalidad» (Costa Clavell) lo escribió Rubén en «plena efervescencia alcohólica». Pertenece al libro *Cantos de vida y esperanza*.

La inquietud y el ansia de goces y de vivir intensamente, ya excitado, ya adormecido por el alcohol, lleva al poeta a Roma, más tarde, de nuevo a París, otra vez a su patria que le recibe triunfalmente y, por fin, durante bastante tiempo, se instala en Barcelona donde bebe y escribe insaciablemente.

Tres fueron las mujeres de su vida: Rafaela Contreras, su primera esposa. Era poetisa y fue, sin duda alguna, su gran amor. Mujer fina, delicada y sensitiva de quien él dijo:

«Lirio real y lírico
que naces con la albura de las hostias sublimes,
de las cándidas perlas
y del lino sin mácula de las sobrepellices...».

Rafaela Contreras murió a los dos años de su matrimonio.

Rosario Ramírez, con la que se casó después, fue un continuo sufrimiento para el poeta, que varias veces quiso divorciarse de ella.

Y acaso fue la analfabeta Francisca Sánchez a quien don Ramón del Valle Inclán enseñó a leer, la mujer que más lo amó, luchó y sufrió por él dándole un hijo que se llamó Darío. A Valle Inclán le pagó con suma admiración y afecto y aquellos versos que casi todo el mundo conoce:

«Este gran don Ramón de las barbas de chivo
Cuya sonrisa es la flor de su figura,
Parece un viejo dios, altanero y esquivo
Que se animase en la frialdad de su escultura».

A Francisca Sánchez le pagó con ese amor no exento de egoísmo del poeta que ni siquiera pudo llegar a casarse con ella. La eternizó, eso sí, en delicados versos eptasílabos:

«Francisca tú has venido
en la hora segura;
la mañana es oscura
y está caliente el nido.
Tu tienes el sentido
de la palabra pura
y un alma te asegura
el amante marido.
Un marido y amante
que, terrible y constante
será contigo dos
y que fuera contigo
como amante y amigo
al infierno o a Dios».

Fue un técnico asombroso y este prodigio de tecnicismo le hizo vestir y llenar de musicalidad su inspiración originalísima. Su ritmo y sus formas métricas fueron el inicio de la poesía moderna en nuestra lengua. Fue un poeta sensualmente apasionado a quien, como ocurre a todos los hombres, se le fue, sin apenas darse cuenta, la juventud de su vida:

«Juventud, divino tesoro
que te vas para no volver.
Cuando quiero llorar no lloro
y a veces lloro sin querer».

De sus versos dice él mismo que «salían de los cánones usuales y que obtuvieron el asombro y la censura de los profesores y el cordial aplauso de sus compañeros».

Estribió su novedad en el conocimiento de los autores franceses cuya lucha simbolista era desconocida aún en el extranjero y menos en América. «Fue —dice— Cátulo Mendes mi verdadero iniciador, un Cátulo Mendes traducido pues mi francés todavía era precario. Luego vendrían Gautier y

Flaubert de «La tentación de St. Antoine», Paul de Saint Victor que me aportarían una inédita y deslumbrante concepción del estilo...».

Al poeta le parece indecisa —«Acostumbrado al eterno clisé del Siglo de Oro»— la poesía moderna y encuentra en los franceses anteriormente citados por él lo que llama «una mina literaria por explotar»: su manera de adjetivar, su sintaxis, la riqueza de sus palabras vertidas al castellano, los galicismos oportunos. Y los conocimientos que Rubén adquirió del inglés, del italiano, del latín y «su espíritu de adolescente que había explorado la inmensa selva de Víctor Hugo y había contemplado su océano divino en donde todo se contiene».

De sus libros, *Azul* simboliza el comienzo de la primavera del poeta. *Prosas profanas* su primavera plena y *Cantos de vida y esperanza* encierra «las esencias y savias de su otoño».

En 1916, cuando las naciones de nuestro continente se desangraban en los campos de batalla de la primera guerra europea, muere Rubén Darío, aquel gran poeta lleno de sinceridad que puso «su corazón al desnudo» y que, según sus palabras, «abrió de par en par las puertas y ventanas de su castillo interior para enseñar a sus hermanos el habitáculo de sus íntimas ideas y de sus más caros sueños».

No murió en paz con los hombres. «He sabido lo que son las crueldades y locuras de los hombres. He sido traicionado, pagado con ingratitudes, calumniado, desconocido en mis mejores intenciones por prójimos mal intencionados, mal inspirados, atacado, vilipendiado... Y he sonreído con tristeza».

No creyó, al final de sus días, ni en la gloria que le acompañó, ya que todo, todo, habría de desaparecer ante la mirada de la eternidad...

Para su agnosticismo acaso, tristemente, fue lo único importante...

«¡Amar, reír! La vida es corta,
gozar de abril es lo que importa
en el primer loco delirio;
bello es que el leve colibrí
bata alas de oro y carmesí
sobre la nieve azul del lirio».